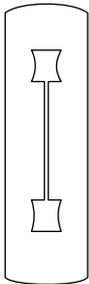


# ANTROPOLOGÍA DE LA ANTROPOLOGÍA



pedaliter notandum movens ventrocaucus articulosus  
uit onbevredigdheid over het in de natuur ontbreken  
len met het vermogen zich rollend voort te bewegen. Het  
volksmond genaamd „wentelteefje” of „rolpens”, t  
hoeft te voorzien. Biologische bijzonderhe  
zoogdier, een reptiel, of een insekt? Het  
hoornde geledingen gevormd lich  
de uiteinden gelijkenis vertonen m  
van de dikke, ronde kop, die  
gen papagaaicensnavel,  
ogen, die, op stelen g  
de kop ver uitst  
het dier zich  
middel va  
over e  
(h



et  
nd en  
nsnel  
ch afduwt  
or zoveel deze  
d raken. In op-  
nd vertoont het  
n een discus-schijf,  
rale as gevormd wordt  
stelen. Door zich beurte-  
n met één van zijn drie paren  
en grote snelheid bereiken.  
believen tijdens het rollen (bv. bij het  
lling, of om zijn vaart uit te lopen) de po-  
wheellende” verder. Wanneer het er aanlei-  
i het op twee wijzen weer in wandel-positie  
erste abrupt, door zijn lichaam plotseling te  
ligt het op zijn rug, met zijn poten in de lucht en  
eidelijke snelheidsvermindering (remming met de  
me achterwaartse ontrolling in stilstaande toestand.

CURL-UP

M. C. Escher, 1951. Holanda. Tomada de la página web oficial de M. C. Escher.

**CUESTIONAR LA ALTERIDAD: REFLEXIONES SOBRE  
LA HISTORIOGRAFÍA DE LA ANTROPOLOGÍA  
COLOMBIANA**

---

*Questioning “otherness”: reflections on the  
historiography of Colombian anthropology*

HÉCTOR ANDRÉS GARCÍA BOTERO \*

Pontificia Universidad Javeriana · Bogotá, Colombia

\* hector-garcia@javeriana.edu.co

Artículo de reflexión recibido: 10 de febrero del 2008 · aprobado: 29 de junio del 2008

#### RESUMEN

Pensar la antropología colombiana es una invitación a explorar la complejidad de las formas en que el conocimiento circula y se institucionaliza en la periferia. Rastrear el devenir de la disciplina implica comprender, por un lado, su relación subordinada con respecto a los centros de producción académica, y por otro, las presiones locales —por ejemplo, políticas— que intentan definir los intereses de las investigaciones. Este texto discute la literatura sobre la historia de la antropología colombiana a partir de la crítica de los hilos rectores de su narración, el Estado y las instituciones, y propone las posibilidades de una interpretación genealógica centrada en la producción del conocimiento antropológico.

**Palabras clave:** *historia de la antropología colombiana, antropologías en el mundo, genealogía, conocimiento antropológico.*

#### ABSTRACT

Thinking about Colombian anthropology is an invitation to explore the complexity of the ways knowledge circulates and becomes entrenched in our surroundings. Tracing the evolution of the discipline implies understanding, on the one hand, its subordinate relation with the academic production centers; and on the other, local pressures- for example, political pressures- which attempts to define the interests research centers. This paper discusses the literature that regards the history of Colombian anthropology from a critique of its main narration threads, the State and its institutions, and proposes possibilities for a genealogical interpretation focused on the production of anthropological knowledge.

**Keywords:** *history of Colombian anthropology, anthropologies in the world, genealogy, anthropological knowledge.*

## INTRODUCCIÓN

**E**n un artículo seminal, Gerholm y Hannerz (1982) propusieron el nombre de antropología de la antropología, o “metantropología”, a ese corpus de la literatura antropológica que se estaba encargando de cuestionar los fundamentos disciplinares. Dentro de los objetivos o temas de esta especialidad del análisis antropológico, ambos autores propusieron además tanto el estudio de las prácticas presentes de la antropología a nivel mundial como el recuento de sus trayectorias y recorridos en distintos espacios del globo. La idea de una “antropología de la antropología” representa así un intento conceptual por legitimar la validez de la crítica disciplinar como un espacio propio de la antropología. Vale la pena preguntarse entonces qué tipo de producto se espera de un trabajo en esta supuesta área de la disciplina o cómo podría pensarse el trabajo de crítica que, en efecto, se hace en el interior de la antropología sobre sus presupuestos epistemológicos y sociales.

La propuesta de un campo de la antropología destinado a su propio análisis no solo no es reciente, sino que ha sido una realidad desde sus comienzos institucionales, a principios del siglo xx; en especial, la escritura de la historia disciplinar ha sido un lugar ideal para cuestionar y recapitular las tendencias teóricas y metodológicas del trabajo antropológico (cfr. Darnell, 1977). Sin embargo, la literatura crítica que se ha consolidado en las últimas cuatro décadas sobre la antropología tiene una clara diferencia frente a la producción de comienzos de siglo: la reflexividad<sup>1</sup>. Y aunque se trata de una noción escurridiza, y en muchos casos menospreciada por su cercanía con las vertientes posmodernas de las ciencias sociales, tiene un significado particular que caracteriza claramente el sentido de la crítica antropológica contemporánea: «el “descubrimiento” [...] de que el conocimiento antropológico no es inocente, es decir, que no es un simple reflejo de la realidad cultural que está ahí afuera en el mundo» (Kahn, 2001: 654).

Uno de los hitos trascendentales en la constitución de la mirada reflexiva de la antropología fue el proceso de descolonización en

---

1 Mi intención no es desconocer autores y pensadores que hayan sido críticos de los supuestos de la práctica y de la producción del conocimiento social, sino delimitar, superficialmente, una temporalidad para la comprensión y crítica de la propuesta de la “antropología de la antropología”.

África y Asia en las décadas de los años sesenta y setenta que conmovió la cómoda posición del observador en la que el antropólogo se hallaba (cfr. Asad, 1973). El desplazamiento de las autoridades coloniales y la instauración de la antropología en países que antes estaban limitados a ser investigados —a pesar de contar con una amplia tradición local de pensamiento— develaron que las condiciones políticas en las que la antropología se desenvolvía eran parte estructural, y no simplemente contingente, del ejercicio profesional (cfr. Hymes, 1974). La desestructuración, parcial pero innegable, del orden colonial conlleva la ruptura de un supuesto epistemológico fundamental para la antropología: la separación ontológica entre el observador y el observado. Esta división entre el sujeto epistemológico y el objeto de conocimiento, que se reflejaba en los textos etnográficos como una distancia espacio-temporal entre “nosotros y los otros”, se sustentaba, más que en ejercicios retóricos, en una condición política del ejercicio antropológico que la descolonización política comenzó a desestabilizar (cfr. Fabian, 2003).

El proceso de independencia de esas colonias asiáticas y africanas es relevante para este despertar crítico de la antropología no solo por sus evidentes implicaciones en el orden geopolítico mundial, sino porque ocurrió en lugares privilegiados del trabajo de campo etnográfico. En efecto, los contextos coloniales han sido ampliamente reconocidos como condiciones de posibilidad del trabajo de campo de comienzos y mediados de siglo xx (cfr. Stocking, 1991), y en la constitución de especializaciones como el orientalismo (cfr. Said, 2003) y el africanismo (cfr. Léclerc, 1972; Wilder, 2003). Particularmente, las antropologías francesa, británica y estadounidense vieron afectados los lugares donde realizaban sus investigaciones y donde se re-producía la formación disciplinar. Este es un punto relevante, puesto que, siguiendo a Restrepo & Escobar (2004), estas tres academias pueden concebirse como “antropologías hegemónicas”, es decir, formaciones discursivas y prácticas institucionales que, pese a su diversidad interna, cuentan con la posibilidad, históricamente forjada, de normalizar y autorizar modalidades de ser antropólogo y de hacer antropología. El hecho de que los movimientos descolonizadores hayan tenido su centro en donde los antropólogos metropolitanos llevaban a cabo su proceso de educación, ciertamente abrió las puertas para que la crítica del pensamiento

y de la práctica antropológicos fuera un ejercicio común en la literatura disciplinar.

Pero la crítica a la antropología no ha sido, de manera alguna, un campo exclusivo de los antropólogos. Historiadores, filósofos y críticos literarios han visto que la antropología y sus resultados ofrecen un objeto de estudio interesante para explorar la constitución de la modernidad y de Occidente, las ideas de la diferencia y de lo normal, y las prácticas científicas y disciplinantes de las profesiones. De nuevo, la intención de hacer una antropología de la antropología en cuanto espacio intradisciplinar se ve supeditada al número y procedencia de los ejercicios reflexivos que hay sobre la antropología. Y eso sin considerar que, como me ha sido señalado (comunicación personal, 2009), los antropólogos que critican la antropología tienen, en muchos casos, formación en otras disciplinas.

Sin pretender hacer un mapeo individual de las trayectorias y de los autores que de una u otra forma han procurado hacer de la antropología su objeto de estudio, considero que es válido recordar la reflexión de Geertz (1994) sobre los géneros difusos en las ciencias sociales. Si se considera viable la denominación general de antropología de la antropología para recoger bajo un rótulo más o menos discernible el conjunto de trabajos que cuestionan y analizan esta disciplina, debe hacerse considerando la pluralidad que encierra el término, una pluralidad que no solo se refiere a los enfoques desde los que se aborda el problema planteado, sino que es sintomática de nuestra época (Geertz, 1994: 33):

[...] nos vemos rodeados por un campo enorme y casi continuo de obras diversamente pensadas y variadamente construidas, campo que solo podemos ordenar en la práctica, relacionalmente, en razón de los propósitos que nos caracterizan.

Como lo mencioné anteriormente, la construcción de una historia disciplinar ha sido escenario de la crítica de la antropología. En 1968, fueron publicados *El desarrollo de la teoría antropológica* de Marvin Harris y *Race, Culture and Evolution* de George Stocking, trabajos que marcan dos polos paradigmáticamente opuestos de lo que puede hacerse al revisar el pasado de la disciplina. Por un lado, Harris hace una reconstrucción de las diferentes posturas y tradiciones

disciplinares, mostrando las falencias y fortalezas de acuerdo a lo que él considera que debe ser la antropología y el conocimiento que produce; por el otro, Stocking, uno de los primeros historiadores de las ciencias en consagrarse de lleno al estudio de la historia de la antropología, hace uso de los conocimientos teóricos y metodológicos disciplinares de la historia —en cuanto disciplina— para escribir un recuento minuciosamente detallado de los conceptos y contextos de la antropología estadounidense y de la tradición boasiana (cfr. Darnell, 1977). Al encontrarse en franca oposición, tanto por la forma como por el contenido, estos trabajos permiten plantear la cuestión típica que enfrenta un antropólogo cuando se propone escribir o estudiar el pasado de su disciplina: ¿es la historia de la antropología una tarea legítima para ser emprendida por los antropólogos?

Sin querer afirmar una especial habilidad de los antropólogos para indagar el pasado y el presente disciplinar, sí considero que la escritura de la historia de la antropología es una característica y un espacio del trabajo antropológico. Entre el trabajo de Harris y el de Stocking considero que la diferencia más relevante no es la que atañe al método como la que tiene que ver con la intención del texto y de la reconstrucción histórica. Es interesante anotar que, si bien la reflexividad ha puesto sobre la mesa la inevitable situación del sujeto epistemológico en cualquier tipo de actividad intelectual, cuando un antropólogo se aproxima a la antropología como su objeto de estudio no puede pretender escapar a las dinámicas propias del campo en el que se mueve. La historia de la antropología hace parte de este trabajo de reflexión crítica de la disciplina, de esa metantropología heterogéneamente compuesta, pues principalmente ha servido para contextualizar y comprender las dimensiones de la producción de conocimiento antropológico. Observando y analizando el pasado de la disciplina se ha logrado historizar el sentido de las prácticas y dinámicas del presente.

Hacer de la propia profesión el objeto de las reflexiones implica, casi que de manera inevitable, exponer y explicar el tipo de trabajo que uno mismo haría porque, como lo ha afirmado Pierre Bourdieu (2003), quien se adentra en la historia de la disciplina que practica debe justificar su propia toma de posición en el conjunto de posiciones que configuran el campo de esta problemática. Este artículo tiene

el propósito de justificar una propuesta de antropología de la antropología en el marco de la construcción de la historia disciplinar; en ese sentido ofrece, conscientemente, una revisión muy limitada de textos que se han ocupado de la historia de la antropología colombiana pero tiene la virtud de mostrar con claridad cuáles son los elementos de la argumentación y cómo se articularían en una investigación posterior.

Cuenta Regna Darnell (1977) que las asignaturas sobre historia de la antropología en las universidades estadounidenses solían estar a cargo de los profesores de mayor trayectoria puesto que, en términos coloquiales, ellos habían vivido la historia que narraban. Esta aseveración resuena en las características de la historiografía de la antropología colombiana, donde un paneo superficial de los autores y de los contextos de los escritos sobre el pasado de la disciplina demuestra que en la mayoría de los casos se trata de personas que han vivido y practicado la antropología en el país durante, aproximadamente, treinta años. El sentido testimonial de estas historias de la antropología colombiana no desacredita en absoluto el conocimiento que producen y la acumulación de información y de interpretaciones que se han hecho de la disciplina en el país. Justamente por ser, hasta cierto punto, el corpus indiscutible de la historia de la antropología colombiana, creo que es indispensable exponer mi posición frente a ellos puesto que es allí, en el campo de las opiniones consignadas, en donde tiene lugar y sentido mi propia propuesta sobre la historia de la antropología en el país.

En este artículo únicamente me ocuparé en detalle de los trabajos publicados hasta 1990 a partir de una distinción que salta a la vista en la primera revisión bibliográfica del tema. Por lo menos se pueden diferenciar dos grupos de autores, dos tipos de testimonio, desde los cuales se narra la historia disciplinar. En primer lugar, el grupo de los pioneros, aquellos antropólogos cuyas memorias son la materia prima de la historia de la antropología colombiana: Luis Duque Gómez, Milciades Chaves y Roberto Pineda Giraldo; autores fundamentales de este conjunto de escritos en los que la reconstrucción de las vivencias y el planteamiento de las expectativas disciplinares priman sobre la construcción de un análisis especializado de la historia de la antropología. El segundo grupo abarca a los antropólogos colombianos que fueron formados en los programas inaugurales de la disciplina

en Colombia, principalmente en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, y en la Universidad de los Andes. El libro *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia* editado por Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann (1984) es, hasta la fecha, la compilación más amplia que se ha hecho sobre el pasado y el presente de la investigación antropológica en el país. Varios de los colaboradores de ese volumen, en especial Myriam Jimeno y Roberto Pineda Camacho, continúan aportando constantemente al estudio de la historia de la antropología en el país, lo que implica que sus opiniones actuales puedan diferir, a veces sustancialmente, de lo expresado hace unas décadas; en esa medida, debe considerarse que los textos de ese entonces son también productos históricos sujetos a revisión por parte de sus creadores. Los autores de este segundo grupo muestran una crítica y una reflexión orientada con conceptos analíticos y dejan en un plano secundario las experiencias y memorias propias como fuente directa de la historia disciplinar.

Más que continuar enfatizando la diferencia entre cada uno de los autores y entre ambos grupos de antropólogos, ya sea por su formación profesional, sus áreas de investigación o la época de sus primeros trabajos, el propósito de mi artículo es reconstruir los puntos en común de estas historias y la forma en que articulan el pasado disciplinar. En vez de privilegiar las diferencias entre cada uno de los textos —objetivo que sería posible emprender en otro trabajo—, me concentro en aquellos hitos que se reproducen constantemente en la revisión de la historia de la antropología colombiana y persigo una explicación del privilegio que estos tienen sobre otras formas de pensar el pasado de la disciplina.

#### EL ESTADO Y LAS INSTITUCIONES

En la historiografía de la antropología colombiana, el Estado y la creación de las primeras instituciones de enseñanza disciplinar quedaron expuestos como los horizontes de inteligibilidad del devenir de la antropología en el país. El primero aparece como el agente que domina la producción intelectual a través del ejercicio de los mecanismos de poder que le son inherentes; las segundas, emblemáticas de toda historia de los saberes especializados, permiten fijar un origen para explicar el sentido y el progreso de la práctica disciplinar. Estado

e instituciones sirven como referentes obligados y complementarios para buscar y registrar los eventos del pasado disciplinar que se pretende reconstruir.

El papel determinante de las instituciones de enseñanza antropológica en el país está relacionado con la débil autonomía que estas tienen frente a los poderes transitorios que ocupan los puestos de mando en el Estado (cfr. Jimeno & Sánchez, 1990). En ese sentido, la historiografía de la disciplina señala y exalta la voluntad política que requirió la creación y consolidación de entidades dedicadas exclusivamente a la formación de antropólogos en el país. Como lo ha señalado Echeverri (1997), la aparición de estas instituciones manifiesta el interés gubernamental por crear las condiciones sociales para que la antropología y los antropólogos tuvieran un espacio laboral en el país.

Sin embargo, esta pertinencia de las instituciones revelada por la historiografía de la antropología demuestra que a la política y, sobre todo, a la dicotomía tradicional de los partidos políticos colombianos: liberal o conservador se les ha asignado, más que al Estado, un papel predominante y determinante; la inclinación del gobernante de turno y de su gabinete sirve para orientar y comprender el desarrollo de la antropología en ciertos momentos de su historia. Como la formalización de la antropología se dio, efectivamente, en el entramado institucional de los primeros gobiernos de la República Liberal, el devenir de la disciplina parece estar determinado por la ideología política que se encuentre situada en las principales posiciones del poder estatal. Con esta presuposición la historia se encuentra atada a una interpretación que trata de explicar el transcurrir de la disciplina con base en la identificación de las procedencias políticas de aquellos personajes que se consideran fundamentales en la instauración de la antropología en el país. El sistema bipartidista se encuentra en la base de la exégesis de la producción antropológica nacional.

Entonces, no resulta sorprendente, sino apenas sensato, que Milciades Chaves (1986) haya subtítulo su libro *Trayectoria de la antropología colombiana* con un corte temporal signado, el principio y el final, por la marca de la política partidista: *De la Revolución en marcha al Frente Nacional*. “Revolución en marcha”, como se recordará, fue el eslogan de la primera campaña y gobierno de Alfonso López Pumarejo entre 1934 y 1938. Al fijar este momento, Chaves (1986) está remitiendo

la reconstrucción de la historia disciplinar a un evento clave en la historia política colombiana del siglo xx: el fin de lo que se conoce como la Hegemonía Conservadora —una secuencia ininterrumpida de gobiernos conservadores desde 1886 hasta 1930— y el inicio de la República Liberal —una seguidilla de triunfos liberales en las elecciones presidenciales que se extendería desde 1930 hasta 1946—.

La historia de las instituciones pioneras en la antropología colombiana demuestra la relevancia inocultable de esos decenios de gobiernos liberales. López Pumarejo transformó la Facultad de Ciencias de la Educación, creada en 1932 por el gobierno de Enrique Olaya Herrera como anexo de la Universidad Nacional de Colombia, en la Escuela Normal Superior —en adelante, ENS— en 1936 (cfr. Jaramillo, 1989). La Normal no solo fue un elemento fundamental en la consolidación de una academia y un profesorado colombiano, sino que también fue el hogar del Instituto Etnológico Nacional —en adelante, IEN—, centro pionero en la formación de antropólogos en Colombia que abrió sus puertas en el también gobierno liberal de Eduardo Santos. Esta fundamentada asociación del liberalismo con la creación de las primeras instituciones antropológicas ha consagrado la década de los años treinta y la primera mitad de la década de los años cuarenta como el punto cero de la historiografía de la antropología colombiana. “Una historia real de las investigaciones antropológicas en Colombia habría que enmarcarla forzosamente en las gestiones oficiales realizadas a partir del año 1930” (Duque, 1971: 213). “Los primeros estudios de carácter sociológico moderno aparecen en el país a partir de la década del treinta” (Pineda Camacho, 1984: 220). Las entidades en las que se consolida la antropología en Colombia sirven como referencia, como rejilla de inteligibilidad, para la conformación de la memoria disciplinar, a través de la cual se forman sus estereotipos y sus imágenes tradicionales.

La aparición de instituciones públicas, manifestación del poder estatal y de las coyunturas de los tiempos, además de ocasionar una irrupción en nuestra percepción del pasado disciplinar, se ha consolidado como el eje indispensable de la historia de la antropología. La creación del IEN no es, de ninguna manera, algo gratuito en la reconstrucción del proceso de la antropología nacional, puesto que se trata de un momento clave en el que se concentra y formaliza la investigación

sobre el indígena, tema central y fundacional de la disciplina en el país (cfr. Botero, 2006; Duque, 1971; Langebaek, en prensa) y en el mundo (cfr. Trouillot, 1991). No obstante, el protagonismo del partido liberal en el proceso de institucionalización de la antropología en Colombia ha producido, como por reflejo, una sombra sobre los periodos de gobierno conservador y la relación del trabajo del pensamiento social de esas épocas con la historia de la antropología en el país. La importancia del antagonismo bipartidista en la historia política del país tiene unos efectos que se reproducen en la historiografía de la antropología colombiana y que han llevado a consolidar una imagen del recorrido y del futuro de la disciplina.

Con el bipartidismo como clave de análisis de la historia de la antropología se identifica una metáfora significativa para comprender el estigma que el conservadurismo ha cargado en la lectura del progreso de la nación: alrededor de la ruptura política que implicó la República Liberal se ha creado un imaginario de “ingreso a la modernidad” y, al mismo tiempo, se ha sepultado el paso de la Hegemonía Conservadora como un periodo de sometimiento al poder clerical que estancó al país por más de tres décadas. La luz y la oscuridad son los polos que estructuran el relato sobre las luchas del conocimiento científico en la transición del dominio conservador a las consecutivas presidencias liberales. En la historiografía de la antropología colombiana los adjetivos de modernidad y tradición, de progreso y estancamiento, de científico y dogmático, con los que los autores se refieren al pensamiento social colombiano dependiendo de si se produjo en épocas liberales o conservadoras, tienen, por lo tanto, un indiscutible contenido político. “En este contexto social se adelantó una reforma educativa que abrió brechas en un sistema con escasa o nula orientación a la formación de científicos y dominado por el pensamiento escolástico” (Jimeno, 1990: 56). Por su parte, Milciades Chaves (1986: 25) describe así la transición de la Hegemonía Conservadora a la República Liberal:

Las puertas y ventanas de las bibliotecas se abrieron y el aire fresco de la dialéctica oreó los anaqueles atiborrados de olor y sabor de rutina, de escolasticismo anquilosado con una amalgama de ideología mágico religiosa empapada de un conservadurismo enraizado [...]. En 1930 comienza un sacudión de varios órdenes al impulso de cambios realizados hábilmente en la política,

auspiciados por las fuerzas de unas ideas que se abrían camino y conmovían la estructura social a favor del cambio.

Los proyectos educativos de la República Liberal tienen esa connotación, por contraste con la educación en los gobiernos conservadores, de estar enseñando “[...] los conocimientos científicos más avanzados, con proyección hacia el análisis de los problemas del país; dejando de lado la enseñanza memorística y la sujeción de las doctrinas escolásticas” (Pineda Giraldo, 2000: 26).

El siglo XIX tiene un panorama similar pero con el ganador del bando contrario. La década de 1850 vio transitoriamente a los liberales en el poder. La Comisión Corográfica, puesta en marcha en 1850 en cuanto producto directo de las reformas liberales, es considerada en la historiografía como el antecedente válido de la antropología colombiana y, en ocasiones, del pensamiento social moderno en el país. “La Comisión Corográfica inició el periodo formativo de las ciencias sociales colombianas” (Arocha, 1984a: 34). Características contemporáneas del trabajo científico como la conformación de un “equipo profesional multidisciplinario” (Arocha, 1984a: 34) y “el carácter interdisciplinario y totalizante de su conformación” (Restrepo, 1984: 137) son subrayadas para reafirmar el lugar fundacional de ese proyecto para la ciencia social colombiana. La interrupción de la Comisión Corográfica y de los ideales liberales se ubica en el triunfo político e ideológico de la “Regeneración”, proyecto de gobierno conservador inspirado en la hispanofilia y fuertemente aliado con la Iglesia Católica, cuyo mayor estandarte es la constitución política de 1886. El panorama intelectual del gobierno conservador estuvo informado por la teología como un saber altamente difundido entre las elites colombianas hasta bien entrado el siglo XX (Arocha, 1984a: 36; Jimeno, 1984: 174).

Así como en el siglo XX la República Liberal “revolucionó” el gobierno nacional con base en una reforma educativa, la dependencia del partido conservador en la Iglesia Católica a finales del siglo XIX “[...] prolonga el monopolio educativo de la Iglesia durante el periodo colonial” (Jimeno, 1984: 169). Con la educación obstaculizada por el dogma religioso, y restringida para un grupo privilegiado de elites, la historiografía de la antropología colombiana ha marcado a la Hege-monía Conservadora como un periodo árido para la producción del

pensamiento social colombiano. “La Comisión Corográfica, así como trabajos individuales de ensayo social u observación antropológica y sociológica no pasaron de casos aislados en una sociedad ajena a la tradición de pensamiento científico” (Jimeno, 1990: 55).

En relación con el conocimiento producido sobre los grupos indígenas del país, que posteriormente sería el tema central de la antropología colombiana, el racismo de los conservadores y su declarada afinidad con el pasado colonial y la herencia hispánica marcan para la historiografía la ausencia de un pensamiento antecesor de la antropología colombiana que se institucionaliza en el siglo xx. «Con el triunfo de la Regeneración, sin embargo, se regresó nuevamente al viejo Proyecto Hispanista y Católico. Las “curiosidades americanas” indígenas perdieron relevancia ante el Estado» (Pineda Camacho, 1984: 205). Así como los epítetos de positivistas y modernizadores enfatizan la pertinencia del entorno liberal para la antropología colombiana, el racismo con el que se caracteriza al pensamiento social durante la Hegemonía Conservadora privilegia la imagen de un tiempo desafortunado para el desarrollo del pensamiento antropológico en el país. El enfrentamiento bipartidista se traslada así al campo intelectual: “El Estado y los sectores más conservadores se aferraban al neotomismo (el cual se irradiaba, principalmente desde el Colegio del Rosario); los derrotados intelectuales liberales (en el destierro o conversos a la Regeneración) optaban por el spencerismo” (Pineda Camacho, 1984: 206). Los intelectuales colombianos vulgarizaron aquellos aspectos del spencerismo que resaltaban “[...] la supervivencia del más apto y la perfectibilidad lenta pero inevitable de la sociedad, como resultado de leyes biológicas incontrolables por la cultura” (Arocha, 1984a: 37). El determinismo racial fue así la doctrina del pensamiento social durante la Hegemonía Conservadora, aunque esta aceptaba casos aislados como los de Salvador Camacho Roldán o Jorge Isaacs, ambos calificados como liberales en un ambiente hostilmente conservador (cfr. Arocha, 1984a; Pineda Camacho, 1984).

El Estado y sus instituciones, así como los partidos políticos tradicionales en el país, tienen un lugar preponderante en la historiografía de la antropología colombiana. Me gustaría ofrecer una interpretación de la primacía de estos referentes para la reconstrucción del pasado de la antropología colombiana.

En primer lugar, la oposición entre liberales y conservadores no es solo un enfoque interpretativo característico de la historiografía colombiana; también que se constituye, para América Latina, en una forma de acercarse a la realidad poscolonial del continente. El bipartidismo parece ser un fenómeno frecuente en la región aunque presente fisuras y conexiones que una distinción gruesa parece omitir. No resulta extraño entonces esta división en el plano del conocimiento social. Sin embargo, como lo ha señalado José Luis Romero (1978: ix), el conservadurismo ha sufrido la consecuencia inevitable de enfrentarse a la “estirpe iluminista” de la historia que ha predominado en Latinoamérica, “[...] según la cual solo parecen tener significado los procesos de cambio y mayor significación mientras más acelerados e intensos sean”. El pensamiento conservador y sus diferentes maniobras para garantizar la estabilidad del sistema o, por lo menos, para dictar unos parámetros plausibles a fin de generarles debate y cuestionamiento a sus enemigos políticos es olvidado por la tradición ilustrada que favorece la inscripción de los cambios abruptos en el registro de la Historia, como si ellos fueran el resumen del transcurrir humano (cfr. Romero, 1978).

Desde esta perspectiva, las instituciones se convierten en los haces luminosos del cambio en el trasfondo oscuro del pasado. Así, la coyuntura del proceso institucional es tomada como un punto cero de la antropología colombiana. Sin duda, el análisis del campo educativo en el país es la herramienta que contribuye a cambiar esta perspectiva de la historia disciplinar. “Nos mantenemos en la creencia de que antes de nuestra modernidad educativa lograda por el liberalismo, el pasado de la pedagogía fue más o menos la inquisición” (Saézn, Saldarriaga & Ospina, 1997: 6). El análisis presentado por Saézn (1997), Saldarriaga (2004; 2008), Pedraza (1999; 2004), Helg (1987) y Silva (2005), entre otros, muestra que entre las finalidades diferentes de las políticas educativas, guiadas por concepciones del mundo divergentes, también se puede encontrar un suelo común, una serie de continuidades y un grupo de enunciados que se distribuyen en la formación del debate sobre la naturaleza de la población colombiana que debería ser educada. Saézn *et al.* (1997: 78) sostienen que

Los nuevos saberes de fundamento biológico, sociológico y filológico abrieron la mirada de la intelectualidad colombiana de

fin de siglo [diecinueve] hacia nuevos objetos de conocimiento, y sobre todo, apuntalaron un nuevo suelo de observación y enunciación para los saberes sobre la población.

El cuestionamiento de los elementos discursivos de la pedagogía colombiana junto con la identificación de ciertas zonas epistemológicas en los que el debate político tiene un lugar común son de gran importancia para el análisis de la historia de la antropología colombiana. El espacio institucional de la antropología propiciado por la República Liberal tiene en la ENS el máximo exponente de una ideología que atravesaba su constitución; la desestabilización de este ícono de la modernidad colombiana, como referente indiscutible del estudio de la antropología nacional, señala la necesidad de superar la visión bipartidista del pasado para historizar la producción del conocimiento antropológico desde una perspectiva diferente. En la superficie del conocimiento, reparando en las prácticas discursivas que articulan la política del saber y que conforman los objetos y los sujetos de un campo de investigación, debe indagarse y construirse una representación que dé cuenta de las relaciones de poder, propias de la producción de saberes, en las que la antropología nace como ciencia social. Además, es bastante cuestionable que, en un país donde la lealtad a los partidos se diluye en el marco de las conveniencias coyunturales, sean precisamente el liberalismo y el conservadurismo los principios explicativos del devenir de la antropología colombiana. La prescripción que implica una vinculación sistemática entre dominio del aparato estatal y orientación ideológica del conocimiento hace de este último un epifenómeno del poder.

En segundo lugar, el papel del Estado como empleador e impulsor de la antropología colombiana le ha garantizado ser referente ineludible del pasado de la disciplina. En este punto, la historiografía de la antropología ha sido lo suficientemente clara y sostenida para comprender la importancia de la “razón de Estado”: es el motor principal de la “inserción social” de la antropología y de sus practicantes (cfr. Arocha & Friedemann, 1984; Jimeno, 1984, 1990; Jimeno & Sánchez, 1990; Uribe, 1980, 1981). Si bien el análisis del conocimiento antropológico bifurcado en las opciones políticas me parece inconveniente, este tipo de estudios, en los que se conjuga la experiencia personal de

los autores con las estadísticas sobre el mercado de la profesión, son considerablemente convincentes y efectivos para situar el ejercicio de producción intelectual como una actividad que tiene ciertas condiciones sociales de posibilidad en las que se realiza.

#### GENEALOGÍA Y CONOCIMIENTOS LOCALES

El hilo conductor de las instituciones en la historiografía de la antropología colombiana plantea otros problemas, de los que aquí me ocuparé brevemente, pues que me interesa resaltar la necesidad de un análisis genealógico del conocimiento antropológico para la historia disciplinar. Como lo señaló recientemente Jimeno (2000: 180) “[...] el entorno institucional suele ser un tema predilecto de debate para la antropología latinoamericana, sobre todo para subrayar sus carencias y el efecto de estas sobre la consolidación de una producción intelectual de calidad”. La idea de una “producción intelectual de calidad” ha estado minada, sin duda alguna, por la interpretación de la historia disciplinar que ve las orientaciones teóricas de la antropología colombiana como un ingreso o una copia de las escuelas de la academia internacional. Es interesante anotar que la institucionalización de la antropología va acompañada, en la historiografía, de la aparición de ciertas corrientes disciplinares. Así lo expresan los dos grupos de autores de la historia de la disciplina a los que me he referido en este texto: Europa y Estados Unidos siempre aparecen como las fuentes del conocimiento, mientras que Colombia y, ocasionalmente, Latinoamérica, como los receptores de la verdad.

Esta relación con las influencias externas y la creación de una ciencia propia ha sido analizada respecto a dos formas de hacer antropología en el país: una objetivista y otra indigenista o aplicada. Los dos “estilos de antropología”, como los ha caracterizado Jimeno (2000) posteriormente al periodo de historiografía aquí analizada, están relacionados con la aparición de escuelas —marxismo, cultura y personalidad, estructuralismo, funcionalismo y difusionismo— y con la adopción de un enfoque particular de la disciplina y del ejercicio antropológico —neutralidad valorativa, indigenismo— (cfr. Arocha, 1984a, 1984b; Friedemann, 1984).

No es preciso hacer una lectura muy profunda para comprender el sentido de estas divisiones y el mensaje de los autores sobre la necesidad

de una antropología comprometida con el país. Tanto en el grupo de los pioneros, incluido Luis Duque Gómez, quien sería, en cierto modo, el continuador del “objetivismo” en el IEN, como en el grupo de la segunda generación de antropólogos, la desvinculación política de la disciplina es algo indeseable para el país. Los textos escritos a comienzos de la década de los años ochenta y la compilación reunida en *Un siglo de investigación social* (Arocha & Friedemann, 1984) están claramente enmarcados en el contexto de la crisis del Departamento de Antropología de la Universidad de los Andes, en el de la orientación política tanto de los estudiantes de esta institución como también de los de la Universidad Nacional de Colombia y en el contexto de la consolidación de los movimientos sociales con reivindicaciones étnicas (cfr. Arocha, 1984a, 1984b; Arocha & Friedemann, 1984; Uribe, 1980, 1981). Justamente con la institucionalización de la antropología en 1963 y 1964 en las universidades de los Andes y Nacional, ambas en Bogotá, la historiografía ha reconocido la perpetuación de una bifurcación fundacional en la disciplina que “se apoyan en concepciones distintas de la ciencia, se nutren en fuentes teóricas divergentes, y sus preocupaciones han recibido una expresión en consonancia con la variabilidad de los tiempos y el devenir de la sociedad” (Uribe, 1980: 302).

Al igual que con el referente estatal, esta contextualización del quehacer antropológico en Colombia permite develar lo que se quisiera oculto: la incidencia indeseada de lo político en la prosa de la ciencia. Si bien es ampliamente conocido que las ciencias sociales no gozan del manto epistemológico que las protege del entorno social en el que se desenvuelven (cfr. Bourdieu, 2003), el saber y el poder en la fundación de la antropología es un ejercicio que desmitifica los ideales más altos de la producción del conocimiento y somete al antropólogo a una constante revisión de su ejercicio profesional. Los trabajos sobre la antropología colombiana delimitan de manera muy clara las peculiaridades locales que se inmiscuyen en la producción de conocimiento, lo que hace de la figura del intelectual un ser incorpóreo y descontextualizado. A partir de este trazado de las presiones locales que dan forma a la antropología nacional, queda en evidencia que la profesión no emerge del vacío de las relaciones sociales, ni nace deforme por la incidencia de las ideologías, sino que es justamente con estos nexos y a través de ellos que se genera su lugar de enunciación.

El problema que me ocupa en esta revisión —para dejarlo claro finalmente— no es otro que la caracterización del conocimiento antropológico colombiano. Las divisiones de la historiografía disciplinar, no de su historia, me parecen inadecuadas para ocuparse de un análisis sistemático de la producción antropológica. Como lo mostré, los partidos políticos y las filiaciones institucionales no son instancias lo suficientemente aislables como para definir el tipo de conocimiento que se ha escrito y pensado en Colombia. Más allá de señalar a unos como indigenistas y a otros como objetivistas, o de catalogar a algunos de racistas y a otros de relativistas, el conocimiento no ha sido objeto central de una historia de la antropología colombiana. A continuación, delinee unos supuestos de un trabajo en tal sentido y la necesidad de incluirlo dentro de la antropología colombiana.

La antropología, en cuanto ciencia social que encuentra su fundamento epistemológico en la definición de un método particular —la etnografía— y un objeto de estudio específico —el indígena—, es tan solo un momento minúsculo en la historia de los esfuerzos por comprender la alteridad en varias épocas del conocimiento científico (cfr. Krotz, 2002). Su relación con la producción que le precede, la cual carece de la unificación que entraña el proceso de institucionalización de la disciplina, no es la de un estadio superior de la ciencia con uno inferior; ante todo, se trata de una transformación en las reglas del discurso lo que funda esa sensación de progreso frente a lo que parece una producción llena de supersticiones y recursos literarios asistemáticos<sup>2</sup>.

El papel desempeñado por las instituciones en la construcción de la historia de la antropología solo es igual de importante a la continua afirmación del indígena como el verdadero objeto de estudio de la disciplina (cfr. Chaves, 1986; Duque, 1971; Pineda Giraldo, 2000) y a que el indígena fue, en efecto, el motivo central de la institucionalización de la antropología en el país (cfr. Arocha & Friedemann, 1984; Botero, 2006; Echeverri, 1997; Langebaek, en prensa). Desde su codificación como salvaje o primitivo, pasando por la denominación de indio, la categoría capital sobre la cual se erige la institucionalización

---

2 “Academic disciplines do not create their fields of significance, they only legitimize particular organizations of meaning” (Trouillot, 1991: 161).

de la disciplina ha delimitado una alteridad particular, la del indígena, como el centro de toda su atención. No existe una esencia de la alteridad —eterna, inmutable— que haya intentado ser capturada por distintas posturas epistemológicas y que sirva como hilo conductor para hacer la historia de la antropología. Por el contrario, se trata de reconstruir unas relaciones en el discurso para encontrar en ellas la configuración del indígena como “otro”; se trata de abordar la historia de la antropología a partir del estudio de las formas en que emerge la alteridad, las continuidades y las transformaciones discursivas a las que esta se ve sometida. El punto de partida es entonces reconocer en el pasado la formulación de lo que Krotz (2002: 53) ha llamado la cuestión antropológica, esto es: “la pregunta por las condiciones de posibilidad y por los límites, los motivos y la significación de esa otredad, por sus formas y su transformación, lo que, a su vez, incluye la pregunta por su futuro y su sentido”.

Los procesos de institucionalización despliegan un ejercicio disciplinario para controlar y regular el discurso; así, el estudio del conocimiento producido, previo a la institucionalización y más allá de estos círculos especializados, revelará los contrastes en términos de lo que implicó consolidar la antropología como un lugar válido de enunciación. La genealogía del conocimiento antropológico no pretende destilar de la literatura de viajes, de la geografía, de la medicina o de la historia la esencia de todo lo que la antropología constituye; no busca las formas erróneas de la etnografía, las supersticiones que aún rondaban el estudio de las lenguas, los monumentos y las crónicas; en cambio, sostiene la importancia de esta dispersión y de aprehenderla en su contexto para reconocer el efecto del poder disciplinario de la institucionalización de la antropología.

La caracterización de los amplios y complejos procesos de redefinición y creación de espacios válidos para los intelectuales nacionales, y para los académicos de mediados del siglo xx y de la actualidad, es inseparable de la historia de la antropología colombiana. El punto de observación desde donde se sitúan ambas coincide plenamente con la diferenciación geopolítica y étnica que se forja en los albores de la independencia: como conciencia geopolítica, esta mirada se dirigirá hacia Europa —pero no hacia España, sino hacia Francia e Inglaterra, nuevos centros del sistema mundo—; como conciencia racial, se

internará en lo profundo del territorio a fin de reclamar para sí la marca del colonizador europeo, y por ende de la civilización, y devolver al salvajismo a las poblaciones del campo y de la selva (cfr. Cañizares, 1998; Mignolo, 2003b).

Esta situación no sugiere una salida simple; por el contrario, aún hoy en día, el lenguaje de la ciencia y, sobre todo, el de las ciencias sociales y humanas es problemático porque aparece en él, con toda su sutileza, la eficacia de las formas de pensamiento que aseguraron los procesos de colonización económica en América (cfr. Lander, 2003). Las categorías de clasificación y ordenamiento de las poblaciones — elementos propios de las ciencias sociales—, están imbuidas en el ordenamiento colonial centro-europeo de los siglos XVIII y XIX, caracterizado por el ascenso de los centros imperiales que se consolidaban como los nacientes Estados-nación (cfr. Castro-Gómez & Guardiola-Rivera, 2000). Al encontrar en el pensamiento social moderno y sus formas institucionales un punto lo suficientemente seguro para el despliegue de su autoridad, el intelectual latinoamericano incorporó en sus discursos la herencia colonial eurocéntrica del conocimiento expresada, paradigmáticamente, en la utilización del concepto *raza* para codificar las diferencias culturales bajo el manto de una naturalización de la dirección unilineal y progresiva de la evolución humana (cfr. Quijano, 2003; Lander, 2003). Por lo tanto, la antropología no es ajena a esta configuración epistémica moderna/colonial (cfr. Restrepo & Escobar, 2004). La conversión de los indígenas —“primitivos” o “salvajes”— en objetos de estudio, entidades sin agencia de las cuales es necesario predicar algo, es sintomático de las cargas políticas que tiene la disciplina. La antropología colombiana podría ser explorada concibiendo las pretensiones de universalidad arraigadas localmente y las traducciones y translaciones a las que estas pretensiones se ven sometidas en el contexto local (cfr. Ribeiro, 2005).

Existen varias particularidades que obligan a los intelectuales y antropólogos colombianos a modificar los discursos hegemónicos. Una de las más importantes es la coexistencia, bajo el manto del Estado-nación, de los observadores y de los observados (cfr. Jimeno, 2000). En la formulación del conocimiento antropológico, antes y después de la institucionalización, las implicaciones de la descripción de la alteridad estaban diluidas por las distancias geográfica y política;

en general, se trataba de una alteridad transoceánica (cfr. Krotz, 2005). Con la aparición de un *locus* de enunciación nacional, el intelectual reconoce que la figura del indígena puede ser asimilada en el proceso de construcción de la identidad de la nación (cfr. Guarín, 2005); asimismo, como afirma Jimeno (2000: 160), que el antropólogo

[...] ya no es más un extranjero constituido como sujeto desde el exterior, sino un miembro de la sociedad colonizada que luego se transformó en miembro de una nación que cobija tanto a los pueblos indígenas como a los investigadores, pero envuelve a los primeros dentro de un nuevo proceso de desigualdad.

La geopolítica del conocimiento tiene como objetivo poner en diálogo los caminos que ha seguido la configuración de las periferias (cfr. Mignolo, 2003a). Identificar los rasgos de estos procesos es una labor necesaria para la crítica del quehacer antropológico en la actualidad.

A diferencia de la historia institucional, el análisis del conocimiento antropológico colombiano no busca el origen de la antropología, sino su procedencia y su emergencia, esto es, lo heterogéneo y fortuito que descansa allí donde se pretende encontrar la esencia del presente<sup>3</sup>. Tomando el discurso como objeto de análisis, la historia de la antropología colombiana indaga la construcción del *locus* de enunciación que legitima la producción de conocimiento sobre la alteridad en medio de las tensiones poscoloniales propias del país y, en consecuencia, el entramado de poder por donde circula el conocimiento. Junto a la distinción de la dimensión colonial del conocimiento se abre una perspectiva de análisis para las desigualdades en el prestigio académico. La academia internacional, cuyos centros de producción están claramente establecidos, es un espacio de legitimación de ciertas prácticas de escritura y pensamiento (cfr. Fox, 1991). La validez del lenguaje científico está asociada con el refuerzo institucional que hace audibles y legibles los argumentos (cfr. Bourdieu, 1991). Los contextos locales propios de la academia internacional desaparecen al mundializarse

3 “La búsqueda de la procedencia no fundamenta, al contrario: agita lo que se percibía inmóvil, fragmenta lo que se pensaba unido; muestra la heterogeneidad de lo que imaginábamos conforme a sí mismo” (Foucault, 2000: 29).

como cánones disciplinares, mientras que en las antropologías periféricas esos mismos contextos limitan las posibilidades de formular teorías abstractas (Gerholm & Hannerz, 1982). En el proceso de formación del conocimiento antropológico colombiano se evidencian las articulaciones disímiles de las antropologías en el mundo, al incorporar los debates sobre translación y traducción de los saberes especializados (cfr. Quevedo, 1993; Restrepo & Escobar, 2004).

Frente a los desafíos que presenta la práctica de la antropología (etnografías en medio de conflictos armados; demandas de grupos indígenas, campesinos y afrodescendientes; instauración de políticas públicas descontextualizadas, etc.), la pregunta por la historia de la antropología parece intrascendente y alejada de las situaciones concretas de la realidad. Pero los discursos se ordenan en medio de las circunstancias sociales que busca comprender; la ruptura en dos mundos, uno exclusivamente lingüístico, y otro exclusivamente real, niega la dinámica de interrelación que se da en la comprensión de los problemas. El énfasis en las prácticas discursivas no reafirma el mundo autocontenido del giro lingüístico porque pretende la unión de la producción social de los discursos y de la producción discursiva de lo social (cfr. Chartier, 1996). Es por ello que la historia de la antropología siempre será relevante como un medio de crítica de la producción académica y de los presupuestos que la autorizan. Seguir la ruta de los conceptos, sus elaboraciones, sus articulaciones y aquello que pretenden significar es inmiscuirse en las negociaciones del conocimiento. Al registrar esas formas en que la cuestión del indígena ha sido abordada, los presupuestos eludidos de la práctica del saber salen a la luz. El estudio de la antropología colombiana posibilita la transformación efectiva de la comprensión del mundo para cuestionar así la herencia de un pensamiento que se organizó alrededor de las asimetrías políticas que le eran familiares<sup>4</sup>.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arocha, J. (1984a). Antropología en Colombia. Una visión. En J. Arocha & N. de Friedemann (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia* (pp. 27-130). Bogotá: ETNO, Presencia, FES & Colciencias.

---

4 Mis agradecimientos a Zandra Pedraza, constante interlocutora de las ideas aquí expuestas, por sus comentarios a una versión anterior del texto.

- Arocha, J. (1984b). Antropología propia: un programa en formación. En J. Arocha & N. de Friedemann (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia* (pp. 253-300). Bogotá: ETNO, Presencia, FES & Colciencias.
- Arocha, J. & de Friedemann, N. (1984). Ejercicio de la antropología en grupos indígenas colombianos. En J. Arocha & N. de Friedemann. (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia* (pp. 301-380). Bogotá: ETNO, Presencia, FES & Colciencias.
- Asad, T. (1973). Introduction. In T. Asad (ed.), *Anthropology and the Colonial Encounter* (pp. 7-19). New Jersey: Humanities Press.
- Botero, C. I. (2006). *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1945*. Bogotá: ICANH, CESO & Universidad de los Andes.
- Bourdieu, P. (1991 [1982]). *Language and Symbolic Power*. Traducción de Gino Raymond y Matthew Adamson. Cambridge: Harvard University Press.
- Bourdieu, P. (2003 [2001]). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Curso del Collège de France 2000-2001. Traducción de Jordá, J. Barcelona: Anagrama.
- Cañizares, J. (1998). Entre el ocio y la feminización tropical: ciencia, élites y estado-nación en Latinoamérica, siglo XIX. *Asclepio*, 50(2), 11-31.
- Castro-Gómez, S. & Guardiola-Rivera, Ó. (2000). Introducción. Geopolíticas del conocimiento o el desafío de “impensar” las ciencias sociales en América Latina. En S. Castro-Gómez (ed.), *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina* (pp. xii-xiv). Bogotá: Instituto Pensar-Pontificia Universidad Javeriana.
- Chartier, R. (1996). *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial.
- Chaves, M. (1986). *Trayectoria de la antropología colombiana. De la Revolución en marcha al Frente Nacional*. Bogotá: Colciencias.
- Darnell, R. (1977). History of Anthropology in Historical Perspective. *Annual Review of Anthropology*, 6, 399-417.
- Duque G., L. (1971). Notas sobre la historia de las investigaciones antropológicas en Colombia. En J. Jaramillo Uribe (ed.), *Apuntes para la historia de la ciencia en Colombia* (pp. 211-235). Bogotá: Colciencias.
- Echeverri, M. (1997). El proceso de profesionalización de la antropología en Colombia. Un estudio entorno a la difusión de las ciencias y su localización. *Historia Crítica*, 15, 67-79.

- Fabian, J. (2003 [1983]). *Time and the Other. How Anthropology makes its Object*. New York: Columbia University Press.
- Fox, R. (1991). Introduction: Working in the Present. In R. Fox (ed.), *Recapturing Anthropology. Working in the Present* (pp. 1-16). Santa Fe, CA: School of American Research Press.
- Foucault, M. (2000 [1971]). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Traducción de José Vásquez Pérez. Valencia: Pre-Textos.
- Friedemann, N. (1984). Ética y política del antropólogo: compromiso profesional. En J. Arocha & N. de Friedemann (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia* (pp. 381-428). Bogotá: ETNO, Presencia, FES & Colciencias.
- Geertz, C. (1994 [1983]). *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Traducción de Alberto López Bargados. Barcelona: Paidós.
- Gerholm, T. & Hannerz, U. (1982). The Shaping of National Anthropologies [Introduction]. *Ethnos*, 47(1-2), 5-35.
- Guarín M., Ó. (2005). De bárbaros a civilizados: la invención de los muisca en el siglo XIX. En A. M. Gómez Londoño (ed.), *Muisca. Representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria* (pp. 228-246). Bogotá: Instituto Pensar-Pontificia Universidad Javeriana.
- Helg, A. (1987). *La educación en Colombia, 1918-1957*. Bogotá: Cerec.
- Hymes, D. (Ed.). (1974). *Reinventing Anthropology*. New York: Vintage Books.
- Jaramillo, J. (1989). La educación durante los gobiernos liberales. 1930-1946. En A. Tirado Mejía (dir.), *Nueva historia de Colombia IV. Educación. Ciencias. La mujer. Vida diaria* (pp. 87-110). Bogotá: Planeta.
- Jimeno, M. (1984). Consolidación del Estado y antropología en Colombia. En J. Arocha & N. de Friedemann (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia* (pp. 159-196). Bogotá: ETNO, Presencia, FES & Colciencias.
- Jimeno, M. (1990). La antropología en Colombia. *Revista Colombiana de Antropología*, 28, 53-66.
- Jimeno, M. (2000). La emergencia del investigador ciudadano: estilos de antropología y crisis de modelos en la antropología colombiana. En J. Tocancipá (ed.), *La formación del Estado-nación y las disciplinas sociales en Colombia* (pp. 157-190). Popayán: Universidad del Cauca.
- Jimeno, Myriam & Sánchez, E. (1990). Estado de desarrollo e inserción social de la antropología en Colombia. En *Misión de ciencia y tecnología. La conformación de comunidades científicas en Colombia*. Bogotá, 1990.

Ministerio de Educación Nacional, DNP, Fonade, Misión de Ciencia y Tecnología (pp. 895-926).

- Kahn, J. (2001). Anthropology and Modernity. *Current Anthropology*, 42(5), 651-680.
- Krotz, E. (2002). *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. México DF: Fondo de Cultura Económica & Universidad Nacional Autónoma de México.
- Krotz, E. (2005). Anthropologies of the South: Their Rise, Their Silencing, Their Characteristics. *Revista de la Red de Antropologías del Mundo*, 1, 147-159.
- Lander, E. (2003). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos. En E. Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 11-40). Caracas: Unesco.
- Langebaek, C. (en prensa). *Los herederos del pasado*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Léclerc, G. (1972). *Anthropologie et colonialisme. Essai sur l'histoire de l'africanisme*. Paris: Fayard.
- Mignolo, W. (2003a). *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos y pensamiento fronterizo*. Madrid: Akal.
- Mignolo, W. (2003b). La colonialidad a lo largo y a lo ancho. El hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad. En E. Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 55-87). Caracas: Unesco.
- Pedraza, Z. (1999). *En cuerpo y alma. Visiones del progreso y la felicidad*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Pedraza, Z. (2004). Y el verbo se hizo carne... Pensamiento social y biopolítica en Colombia. En S. Castro-Gómez (ed.), *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia* (pp. 185-199). Bogotá: Universidad de Pittsburgh.
- Pineda C., R. (1984). La reivindicación del indio en el pensamiento social colombiano (1850-1950). En J. Arocha & N. de Friedemann (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia* (pp. 197-252). Bogotá: ETNO, Presencia, FES & Colciencias.
- Pineda G., R. (2000). La antropología en Colombia. En F. Leal Buitrago & G. Rey (eds.), *Discurso y razón: una historia de las ciencias sociales en Colombia* (pp. 25-44). Bogotá: Tercer Mundo & Publicaciones Uniandes.

- Quevedo, E. (1993). Antecedentes: de la historia de los saberes científicos a la historia social de las ciencias. En E. Quevedo (coord.), *Historia social de la ciencia en Colombia. Fundamentos teórico-metodológicos*. Bogotá: Colciencias & Tercer Mundo.
- Quijano, A. (2003). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (ed.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201-246). Caracas: Unesco.
- Restrepo, E. & Escobar, A. (2004). Antropologías en el mundo. *Jangwa Pana*, 3, 110-131.
- Restrepo, O. (1984). La Comisión Corográfica y las ciencias sociales. En J. Arocha & N. de Friedemann (eds.), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia* (pp. 131-158). Bogotá: ETNO, Presencia, FES & Colciencias.
- Ribeiro, G. L. (2005). World Anthropologies: Cosmopolitics, Power and Theory in Anthropology. *Revista de la Red de Antropologías del Mundo*, 1, 55-74.
- Romero, J. L. (1978). El pensamiento conservador en el siglo XIX. En J. L. Romero (comp.), *Pensamiento conservador (1815-1898)* (pp. ix-xxxviii). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Saénz, J., Saldarriaga, Ó. & Ospina, A. (1997). *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*. Medellín: Universidad de Antioquia, Universidad de los Andes, Universidad Nacional de Colombia & Colciencias.
- Said, E. (2003 [1978]). *Orientalismo*. Traducción de María Luisa Fuentes. Barcelona: Random House Mondadori.
- Saldarriaga, Ó. (2004). La "Cuestión Textos" de 1870: una polémica colombiana sobre los *Elementos de ideología* de Destutt de Tracy. En S. Castro-Gómez (ed.), *Pensar el siglo XIX. Cultura, biopolítica y modernidad en Colombia* (pp. 105-164). Bogotá: Universidad de Pittsburgh.
- Saldarriaga, Ó. (2008). De universidades a colegios: la filosofía escolar y la conformación del bachillerato moderno en Colombia, 1792-1892. En S. Castro-Gómez & E. Restrepo (eds.), *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX* (pp. 308-333). Bogotá: Instituto Pensar- Pontificia Universidad Javeriana.
- Silva, R. (2005). *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín: La Carreta.
- Stocking, G. (Ed.). (1991). *Colonial situations. Essays on the Contextualization of Ethnographic Knowledge*. Madison: University of Wisconsin Press.

- Trouillot, M.-R. (1991). Anthropology and the Savage Slot. En R. Fox (ed.), *Recapturing Anthropology. Working in the Present* (pp. 17-44.) Santa Fe, CA: School of American Research Press.
- Uribe, C. A. (1980). La antropología en Colombia. *América Indígena*, XL(2), 281-308.
- Uribe, C. A. (1981). La etnología colombiana en la década de los setenta. En Seminario del Grupo de Trabajo Epistemología y Política, *El sujeto como objeto de las ciencias sociales. Las relaciones entre epistemología y política en las ciencias sociales en América Latina*. Bogotá: Cinep & Sociedad Colombiana de Epistemología.
- Wilder, G. (2003). Colonial Ethnology and Political Rationality in French West Africa. *History and Anthropology*, 14(3), 219-252.